

Consuelo Triviño Anzola

*Cien novelas  
con nombre de mujer*

CÁTEDRA

CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

1.ª edición, febrero de 2026

Diseño de cubierta: Germán Úcar

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Consuelo Triviño Anzola, 2026  
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2026  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
Depósito legal: M. 22.504-2025  
I.S.B.N.: 978-84-376-4967-2  
*Printed in Spain*

## Índice

INTRODUCCIÓN .....	13
I. La mujer como centro de la ficción .....	15
Un cambio de perspectiva .....	20
Los adelantos científicos .....	22
Los derechos de las mujeres .....	24
La modernidad literaria .....	27
La importancia del nombre .....	29
Escritura de mujeres o escritura femenina .....	31
La autoría en la novela escrita por mujeres .....	34
La conciencia femenina y el monólogo interior	35
II. Tipologías .....	40
La mujer como ideal de la nación .....	40
La mujer virtuosa .....	46
La mujer trabajadora .....	48
Institutriz o doncella .....	52
La mujer pionera .....	54
La mujer estigmatizada .....	55
La adúltera .....	58
La prostituta .....	64
La mujer vampira o demonio .....	67
La soltera y la viuda .....	69
El tabú del incesto .....	70
La mujer espejo de otra .....	72

La mujer en la historia .....	75
Ruptura de los estereotipos .....	76
La fantasía del andrógino .....	79
III. Antes de comenzar .....	81

#### CIEN NOVELAS CON NOMBRE DE MUJER

1. Madame de Lafayette, <i>La princesa de Clèves</i> : los estragos de la pasión .....	85
2. Daniel Defoe, <i>Moll Flanders</i> : una versión femenina de la picaresca .....	87
3. Samuel Richardson, <i>Pamela</i> : la virtud a prueba..	89
4. Abate Prévost, <i>Manon Lescaut</i> : dinero y amor ....	92
5. Luis Gutiérrez, <i>Cornelia Bororquia</i> : o la víctima de la Inquisición .....	94
6. René de Chateaubriand, <i>Atala</i> : los amores de dos salvajes en el desierto .....	97
7. Jane Austen, <i>Emma</i> : soltería y fortuna .....	99
8. Mary Shelley, <i>Mathilda</i> : Electra y la identidad femenina .....	102
9. Stendhal, <i>Armance</i> : el amor más puro .....	105
10. George Sand, <i>Indiana</i> : la pasión y la culpa .....	107
11. Honoré de Balzac, <i>Eugenie Grandet</i> : la rica heredera .....	110
12. Théophile Gautier, <i>Mademoiselle de Maupin</i> : la búsqueda del andrógino .....	112
13. George Sand, <i>Pauline</i> : ante el espejo .....	115
14. Josef Ignazi Kraszewski, <i>Ulana</i> : el corazón del pueblo .....	117
15. Juan José Nieto, <i>Yngermina o la hija de Calamar</i> : una novela fundacional .....	119
16. Prosper Mérimée, <i>Carmen</i> : erotismo y muerte ...	121
17. Wenceslao Ayguals de Izco, <i>María, la hija de un jornalero</i> : nobleza y virtud .....	123
18. Bartolomé Mitre, <i>Soledad</i> : entre el pasado y el futuro .....	125

19.	Charlotte Brontë, <i>Jane Eyre</i> : una novela de formación .....	127
20.	Alejandro Dumas hijo, <i>Cesarina</i> : la mujer práctica .....	129
21.	Elizabeth Gaskell, <i>Mary Barton</i> : la mujer trabajadora .....	131
22.	Francisco Navarro Villoslada, <i>Doña Blanca de Navarra</i> : princesa repudiada y despojada .....	135
23.	Fernán Caballero, <i>Elia</i> : la renuncia al amor .....	138
24.	José Mármol, <i>Amalia</i> : el ideal civilizador.....	140
25.	Alphonse de Lamartine, <i>Geneviève, histoire d'une servante</i> : la redención .....	142
26.	Alphonse de Lamartine, <i>Graziella</i> : entrega o renuncia .....	144
27.	Gustave Flaubert, <i>La señora Bovary</i> : la ilusión de la felicidad .....	146
28.	Eugenio Díaz Castro, <i>Manuela</i> : la chispa que desata el incendio .....	148
29.	Luis Benjamín Cisneros, <i>Julia o escenas de la vida en Lima</i> : la moral de la patria .....	150
30.	Eduarda Mansilla, <i>Lucía Miranda</i> : la mujer cautiva .....	152
31.	José de Alencar, <i>Iracema</i> : la amante en sueños ...	155
32.	Edmond y Jules Goncourt, <i>Germinie Lacerteux</i> : la doble vida de la criada .....	157
33.	Jorge Isaacs, <i>María</i> : entre el deber y el deseo .....	159
34.	Émile Zola, <i>Thérèse Raquin</i> : la maldad .....	161
35.	Ignacio Manuel Altamirano, <i>Clemencia</i> : la traición a la patria .....	163
36.	Soledad Acosta de Samper, <i>Dolores</i> : la mujer apartada .....	165
37.	Sheridan Le Fanu, <i>Carmilla</i> : la mujer vampira ....	167
38.	Juan Valera, <i>Pepita Jiménez</i> : la joven viuda y el seminarista .....	169
39.	Joaquim Machado de Assis, <i>Helena</i> : la mujer ilegítima .....	172
40.	León Tolstói, <i>Ana Karenina</i> : el peso del adulterio .....	175

41.	Juan León de Mera, <i>Cumandá</i> : entre los nativos	178
42.	Rachilde, <i>Monsieur Venus</i> : género e identidad ....	181
43.	Émile Zola, <i>Nana</i> : una venus del arroyo .....	184
44.	Cirilo Villaverde, <i>Cecilia Valdés</i> : la duda racial ...	187
45.	Laure Conan, <i>Angéline de Montbrun</i> : la fugacidad del amor .....	189
46.	Benito Pérez Galdós, <i>La de Bringas</i> : el precio de la vanidad .....	192
47.	Benito Pérez Galdós, <i>Fortunata y Jacinta</i> : entre dos mujeres .....	194
48.	Rubén Darío, <i>Emelina</i> : pecado de juventud .....	196
49.	Estanislao Zeballos, <i>Reilmú, reina de los pinares</i> : cautiva de La Pampa .....	199
50.	Francis Bret Harte, <i>Cressy, o la niña de los placeres de oro</i> : en la frontera .....	202
51.	Mercedes Cabello de Carbonera, <i>Blanca Sol</i> : la virtud y el trabajo .....	205
52.	Martín de Morúa Delgado, <i>Sofía</i> : víctima del abandono .....	207
53.	Thomas Hardy, <i>Tess, la de los d'Urberville</i> : pureza y sensualidad .....	209
54.	Benito Pérez Galdós, <i>Tristana</i> : la deshonrosa libertad .....	212
55.	George du Maurier, <i>Trilby</i> : la mujer hipnotizada	215
56.	Theodor Fontane, <i>Effi Briest</i> : más allá del adulterio .....	218
57.	Pierre Louÿs, <i>Afrodita</i> : erotismo y poder .....	220
58.	Máximo Gorki, <i>Varenka Olésova</i> : mujer, naturaleza y carácter .....	223
59.	Sidonie-Gabrielle Colette, <i>Claudine en la escuela</i> : pasiones femeninas .....	227
60.	Federico Gamboa, <i>Santa</i> : la mujer mancillada ...	230
61.	José María Vargas Vila, <i>Eleonora</i> : un lirio rojo ....	233
62.	Charles F. Ramuz, <i>Aline</i> : un drama rural .....	236
63.	Valery Larbaud, <i>Fermina Márquez</i> : la añoranza de la juventud .....	238
64.	Max Nordau, <i>Panna</i> : el sentido de la justicia .....	240
65.	Willa Cather, <i>Mi Antonia</i> : la pionera .....	243

66.	Miguel de Unamuno, <i>La tía Tula</i> : la fuerza de lo femenino .....	245
67.	Arthur Schnitzler, <i>La señorita Elsa</i> : ante sí misma	248
68.	Teresa de la Parra, <i>Ifigenia</i> : el sacrificio de la libertad	251
69.	José Martínez Ruiz, <i>Doña Inés</i> : la mujer exiliada	253
70.	Virginia Woolf, <i>La señora Dalloway</i> : historia e intrahistoria .....	255
71.	Marta Brunet, <i>María Rosa, Flor del Quillén</i> : dignidad y orgullo .....	259
72.	André Breton, <i>Nadja</i> : un alma errante .....	261
73.	Rómulo Gallegos, <i>Doña Bárbara</i> : lucha de contrarios .....	263
74.	César Uribe Piedrahita, <i>Toá</i> : la mujer soñada y deseada .....	265
75.	Junichirō Tanizaki, <i>Naomi</i> : entre Oriente y Occidente .....	268
76.	Sally Salminen, <i>Katrina</i> : la mujer que espera .....	271
77.	Grazia Deledda, <i>Cósima</i> : un testamento de supervivencia .....	274
78.	Pío Baroja, <i>Susana y los cazadores de moscas</i> : mujeres de vanguardia .....	276
79.	Antonia Palacios, <i>Ana Isabel, una niña decente</i> : dilemas de la infancia .....	279
80.	Gabriel Casaccia, <i>La babosa</i> : lengua viperina .....	282
81.	Vladimir Nabokov, <i>Lolita</i> : fantasías masculinas	285
82.	Lawrence Durrell, <i>Justine</i> : amor y poder .....	288
83.	Jorge Amado, <i>Gabriela, clavo y canela</i> : un alma sencilla .....	291
84.	André Maurois, <i>Adriana o la vida de Madame de Lafayette</i> : los más puros principios .....	294
85.	María Teresa León, <i>Doña Jimena Díaz de Vivar</i> : esposa y sierva .....	297
86.	Dolores Medio, <i>Bibiana</i> : el ama de casa .....	299
87.	Elisa Mújica, <i>Catalina</i> : después de la guerra .....	302
88.	Miguel Ángel Asturias, <i>Mulata de tal</i> : la hibridez cultural .....	304
89.	Marta Lynch, <i>La señora Ordóñez</i> : la mujer separada del cuerpo .....	306

90. Agustina Bessa Luís, <i>Fanny Owen</i> : la mujer disecionada .....	309
91. Elsa Morante, <i>Araceli</i> : la búsqueda de la identidad .....	311
92. Beatriz Guido, <i>Soledad y el incendiario</i> : «simplemente dormida» .....	314
93. Marguerite Yourcenar, <i>Anna Soror</i> : sensualidad y abandono .....	317
94. Ana Cristina Rossi, <i>María la noche</i> : femenino y masculino en disputa .....	319
95. Isabel Allende, <i>Eva Luna</i> : realismo mágico en femenino .....	321
96. Almudena Grandes, <i>Malena es un nombre de tango</i> : la mujer ante el espejo .....	325
97. Adelaida García Morales, <i>La tía Águeda</i> : formación de la identidad .....	328
98. Soheir Khashoggi, <i>Amira</i> : la mujer oculta .....	330
99. Jorge Franco, <i>Rosario Tijeras</i> : la mujer sicaria .....	332
100. Antonio Muñoz Molina, <i>Carlota Fainberg</i> : vampiresa o feminista .....	335
BIBLIOGRAFÍA .....	337

## *Introducción*

... lo corriente es buscar la Mujer en los seres femeninos. Por ella, a través de lo mejor y de lo peor que tiene, el hombre hace el aprendizaje de la felicidad, del sufrimiento, del vicio, de la virtud, de la codicia, de la renuncia, de la abnegación, de la tiranía: hace el aprendizaje de sí mismo...

SIMONE DE BEAUVOIR



## I

### La mujer como centro de la ficción

Este libro que tienes en las manos se gestó en las horas de soledad que acabaron delineando mis ojos cansados cuando, siendo adolescente, continuaba con la lectura allí en el internado, incluso después de que apagarán las luces del dormitorio y la luz de una farola que se colaba por la ventana iluminase la página.

La lectura es, ante todo, una experiencia y la experiencia consiste en poner al lado, y en la base de nuestros actos, lo que aprendimos. La experiencia no es sino la vida. Así, este libro surge de mi vida.

Decían los abuelos que la experiencia es la más inútil de las ciencias. Es cierto porque no constituye una ciencia, sino una suma de saberes, como el equipaje que cada quien lleva consigo y donde guarda los recuerdos, la huella de nuestras aventuras estampadas en la piel, en el cuerpo, en la mente. Las arrugas son las huellas de nuestros pasos en la aventura de la vida.

Aquellas marcas de lectora se fijaron en las comisuras de mis párpados, arrugas también ganadas como escritora y trabajadora de doble jornada, que sacrificaba las horas de descanso para seguir en casa con el libro que esperaba concluir. Las líneas de la mano, los surcos de la vida, al apagar la luz. Unamuno resume en estos versos esa experiencia nocturna: «Es de noche, en mi estudio. / Profunda soledad, oigo el latido/ de mi pecho agitado / —es que se siente solo, / y es que se siente blanco de mi mente— / y oigo a la sangre / cuyo leve susurro / lleva el silencio». Entonces es cuando la experiencia se fija en la piel de la lectora y la escritora.

Silencio tras silencio. Lectora y escritora son silenciosas, pues es el libro quien habla. Comisura tras comisura, la expe-

riencia despierta mi extrañeza por la gran cantidad de novelas que tienen como protagonista un personaje femenino. De la extrañeza surge el conocimiento, ya lo decía Aristóteles. Son numerosas las narraciones que llevan por título un nombre de mujer. Poco importa si la autoría de la obra es femenina o masculina. La mujer, aunque se trate de un personaje secundario, puede cobrar tal fuerza que salta de la página a la cubierta del libro anunciando: «Aquí estoy, esta es mi historia, comprendánme, entiéndanme».

Repito, siempre me sorprendió el número de novelas tituladas con nombre de mujer. También es verdad que nuestra tradición ofrece obras dramáticas de idéntica característica, tanto antiguas, *Medea*, *Antígona*, como modernas, *Andrómaca*, o *Emilia Galotti*, por citar unos títulos al azar. Pero es más frecuente en la narrativa.

Entiendo, naturalmente, la novela tal y como se considera en la actualidad, surgida de la visión de Miguel de Cervantes, con matizaciones temporales. Es la razón de que me centre en los siglos XIX y XX cuando la novela alcanzó la cima de lo literario. Claro es que no puedo ignorar algunos títulos anteriores que fueron muy significativos. Pensemos, por ejemplo, en una obra inaugural como *La princesa de Clèves*, de Madame de Lafayette, moderna en tantos aspectos y que se publicó en 1687. La autora declaraba hablar «con una sinceridad impropia de las personas de mi sexo». Es la sinceridad de la mujer frente a su tópico fingimiento.

El Romanticismo acuñó el tipo de la mujer ángel, pero también el de la mujer demonio. Enfrentó las virtudes con la maldad y, en el choque, se llevó por medio numerosos personajes femeninos. Las virtuosas madres de familia no constituyeron personajes en verdad emocionantes y crecieron como guardianas de las costumbres populares. El realismo burgués se instaló entre la virtud y el vicio y si, por una parte, afirmaba los valores de una sociedad, por otra, llegó a pergeñar la fundación de la nación. También fijó subrepticamente la centralidad del dinero, la ganancia fácil y el derroche de la fortuna, como en *El dinero*, de Émile Zola, o *La bolsa*, del argentino Julián Martel. Con ello aparecen la injusticia y el submundo

de las ciudades o la crueldad campesina, aunque en ocasiones la naturaleza puede ofrecerse como refugio.

En mi juventud me identifiqué con muchas protagonistas de novela como Josephine (Jo), de la canónica *Mujercitas*, cuya pasión por la escritura vemos desarrollarse a lo largo del relato, o como la niña rebelde en *Jane Eyre*, que protesta contra las injusticias de los mayores. Igual que ellas, soñaba con conquistar un país de las maravillas para ser y existir en libertad, eludiendo los destinos de esposa y madre, en los que no vislumbraba la felicidad con que soñaba. Rebelde como la adolescente Claudine o como la desesperada Ifigenia, ambas contra el orden burgués, ambas en busca de autenticidad en un mundo degradado. Así comenzó mi solitaria búsqueda de la escritura en el campus de la universidad.

Las mujeres de mundo, sobre todo en la novela que llamamos burguesa, suelen presentarse como objeto de lujo que solo los poderosos se pueden permitir, un elemento más del mercado, inserto en un tipo de vida y de cultura, lo que ocurre en ciertas novelas de Eça de Queirós, como *La tragedia de la calle de las flores*: «Era en el Teatro da Trindade, se representaba *Barba Azul*. Había comenzado el segundo acto [...] cuando, en un palco [...] el chirrido oxidado de una cerradura y una silla arrastrada, hicieron levantar aquí y allá unas miradas distraídas. Una señora alta, de pie, abrió su larga capa de seda negra forrada de piel oscura con abotonadura de plata; aún tenía la capucha bajada [...] y sus ojos negros y grandes, que las ojeras hacían parecer más profundos, se destacaban en un rostro aquilino y ovalado levemente cubierto con polvos de arroz».

Normalmente, las mujeres, sin derecho a la palabra, invadirán los salones donde se discuten en sordina los temas económicos o políticos (así en *Las ilusiones perdidas*, de Balzac) y protagonizarán los espectáculos como artistas, cantantes de cabaret, o damiselas (*La dama de las Camelias*, de Alexandre Dumas). Atrapadas en una vida frívola que luego les pasará factura: enfermedad, soledad y muerte temprana, constituyen su destino final. Guardianas del hogar o mantenidas, la mayoría de estas mujeres de novela se consideran posesión masculina en tanto esta simboliza el poder, lo que da lugar a desenlaces dramáticos.

Los temas y preocupaciones de las novelas trazan obsesivamente, a lo largo de varios decenios, los rasgos femeninos, siempre entre el deber ser y el deseo. Con las diferencias de clase, todas las mujeres se ven afectadas. Las burguesas y casadas suelen ser personajes insatisfechos; las humildes, ya en el trabajo doméstico de las ciudades, raras veces alcanzan en la literatura una salida satisfactoria. Se les exigen sacrificios, mientras que se les niegan los derechos elementales. Gustave Flaubert, en su *Diccionario de lugares comunes*, escribe, tras la expresión *femme de chambre* ('sirvienta'): «Siempre deshonrada por el hijo de la casa».

Las mujeres, señoras o sirvientas ven reducidas sus posibilidades sociales a la obediencia estricta o a incumplir las convenciones impuestas. Esto último conlleva siempre un castigo. Su falta las conduce a perder el lugar que se les había asignado y están condenadas a desaparecer literariamente, o a retirarse a un convento o, incluso, al suicidio. ¿Por qué Hamlet le dice a Ofelia que se vaya a un convento? ¿Acaso no solo la acosó, sino que llegó a violarla? ¿La dejó socialmente deshonrada?

La mujer acaba abrasada por las llamas, se coloca una soga al cuello, apura el veneno, se arroja a las vías del ferrocarril, o al río cuando no opta por dejarse llevar del mar. Fuego, soga, veneno, las vías del tren, el agua, no parece haber otra solución para los problemas de nuestras heroínas cuando persiguen la felicidad y se dejan arrastrar por el deseo de amar, de ser amadas o, simplemente, ser. Pero también puede ocurrir que la joven y bella adúltera, que con sus acciones ha provocado efectos imprevistos, intente una vida independiente cultivando su espíritu e inteligencia, aunque, eso sí, la sociedad le cierre muchas puertas, incluidas la de la casa de muñecas. Y surgen las preguntas: ¿qué hizo Nora cuando se marchó del hogar en la famosa pieza de Ibsen? ¿A qué pudo dedicarse? ¿De qué llegaría a vivir? ¿Adónde iría? En momentos de desesperación, también me preguntaba yo a los veinte años adónde ir. Entonces, la tentación de la huida se apoderaba de mí. En mi medio sufría la opresión de las rígidas normas que me limitaban, los prejuicios, el qué dirán, reglas que no se aplicaban en la misma medida a mis hermanos. Adolescente, solo pude lanzarme a los brazos de la escritura, que me

permitía vivir aventuras en lejanos y exóticos lugares. El viaje alimentaba los sueños de libertad que tanto anhelaba.

Como mujer, en nuestra tradición, sucumbir a la pasión, desde la moral religiosa, implicaba saltarse normas que limitaban los deseos. Si era preciso, había que azotar la carne para acallarlos. El convento era un refugio donde se purgaban las debilidades de la carne, según el feminismo católico. Incluso puede optarse por el convento ante el convencimiento íntimo de la dificultad de la vida, sin presión alguna. Así, comentaré una novela en la que la protagonista renuncia al matrimonio y a una cuantiosa herencia para regresar al convento donde se educó, y allí dedicarse a una vida de oración, a bordar y a escribir poemas. No olvidemos la amplia literatura de monjas creada durante varios siglos.

Goethe, en conversaciones con Eckermann, y siguiendo a Pozzi, limitaba a una treintena las situaciones dramáticas. Étienne Souriau se fue al otro extremo afirmando que podían ser doscientas mil. ¿Qué les dirá a los jóvenes el ChatGPT, que parece ofrecerles todas las respuestas? J. B. Priestley, en clave quevediana, vino a decir que solo dos temas centraban la literatura universal: la cuna y la sepultura. Prefiero no entrar en una discusión que no tendría fin, sobre todo, porque depende de los matices. En cualquier caso, me parece oportuna esta frase latina que proviene del Eclesiastés: *Nihil novum sub sole*, no hay nada nuevo bajo el sol. Es cierto que los mayores problemas humanos no cambian con el tiempo, y por eso vuelven a aparecer una y otra vez en la literatura. La pregunta es ¿por qué, si siempre sucede lo mismo, no nos aburriríamos de encontrar en las novelas situaciones tan parecidas, pues solo cambian las circunstancias? Precisamente en esto radica la grandeza de la literatura y, en nuestro caso, de la novela en particular. En otro versículo del Eclesiastés se dice algo que resulta aquí oportuno, pues la Biblia, lo tengamos o no presente, es un libro narrativo fundacional: «Pasa una generación y viene otra, pero la tierra permanece para siempre y nadie es capaz de decir todo lo que sucede una y otra vez». Me corresponde como escritora evitar el aburrimiento de la repetición y lograr, con talento o pericia, que lo igual resulte diferente.

Incluyo en este libro cien obras pertenecientes a treinta y dos países de Europa, Estados Unidos, Canadá y Latinoamérica, así como Rusia, además de las novelas *Naomi* (*Chijin no ai*), del japonés Junichirō Tanizaki, y *Amira*, de Soheir Khas-hoggi, autora saudita nacida en Alejandría.

Excepcionalmente se comentan tres novelas que no se titulan exactamente con nombre de mujer, sino con el apelativo con que la sociedad descrita por su autor las designa. Una es *La de Bringas*, de Benito Pérez Galdós, porque la protagonista es conocida por el apellido del marido. La segunda es *La babosa*, del paraguayo Gabriel Casaccia, joya narrativa en la que el poder femenino llega a ser tan demoledor y corrosivo que conduce a la ruina a su comunidad. Y la tercera es *Mulata de tal*, del guatemalteco Miguel Ángel Asturias, único nombre con el que se designa a esa figura femenina mezcla de dios terrible andrógino que provoca sacudimientos telúricos. Por otro lado, la novela de Tanizaki, se titula en japonés *Chijin no ai*, pero en su traducción al español lleva el título de *Naomi*, igual que en su versión en lengua inglesa.

Con esta selección no pretendo en modo alguno la exhaustividad. Al elegir novelas que se titulan con nombre de mujer, como criterio unificador y casi caprichoso, quedan fuera muchas de las narraciones con protagonista femenina que he disfrutado a lo largo de mi existencia lectora. Pero también es verdad que las novelas con nombre de mujer presentan todos los temas y las innovaciones formales que se dan en la historia de la narrativa moderna.

## UN CAMBIO DE PERSPECTIVA

Los dilemas propios del medio burgués son un lujo que no pueden permitirse las clases trabajadoras, ni las mujeres pioneras que emigraron con su familia a finales del siglo XIX y principios del XX, en busca de mejores y más prometedoras condiciones. El destino de estas protagonistas no es otro que sacrificarse, batallando día a día por los hijos, soportando en ocasiones maridos débiles. En la mayoría de los casos sufren la explotación en un

medio hostil, que no conoce la solidaridad y las condena a enfrentarse solas a un futuro muchas veces difícil. Únicamente su fortaleza las capacita para levantar un mundo y construir una sociedad sólida basada en el sacrificio, el esfuerzo y la constancia.

En la tradición de mi país natal, y de otros países hispanoamericanos, son frecuentes las historias de mujeres luchadoras, que sacaron adelante a sus hijos en soledad. Incluso muchas veces los vengaron, así la mítica Gaitana, que torturó hasta matar al conquistador Pedro de Añasco, quien había quemado vivo a su hijo. Las mujeres americanas participaron en las guerras de la Independencia, y destacaron por su valentía e inteligencia, como Manuela Sanz, compañera del Libertador, que ha inspirado más de una novela (como *La otra agonía. La pasión de Manuela Sanz*, de Víctor Paz Otero). Es un tema que traté en un ensayo anterior «Manuela Sanz, la ficción de la historia en dos novelas colombianas». En el hogar, como esposa y madre, toma las riendas de la familia ante la inoperancia del marido, lo hace Úrsula Iguarán, esposa de José Arcadio Buendía; o arriesga la vida en las guerras civiles, como Matilde Tibacuy, entrañable protagonista de *El camino en las sombras*, del colombiano Osorio Lizarazo, una empleada doméstica, que acaba sirviendo de enlace entre las fuerzas liberales; o mujeres fuertes y dominadoras, como *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos.

Como latinoamericana, pertenezco a una saga de mujeres de gran fortaleza, desde la abuela materna que trabajó sin parar en su finca cafetera, resistiendo la viudedad, la pérdida de los hijos, las violencias y las guerras civiles, hasta mi madre, enfermera de provincias, que sacó adelante a sus seis hijos sin el apoyo del marido. Su sacrificio hacía que no me identificase con ellas. Pero el filtro del tiempo me ayudó a reconciliarme con esa herencia por la noción de la belleza que me transmitieron a través de la palabra, con los versos con los que arrullaron mis sueños y la devoción que profesaban a los libros, y al estudio, como vía para hacernos mejores personas. Por ellas, por mi madre y mi abuela, busqué las palabras precisas, sucumbí a la emoción como Francie Nolan, la niña protagonista de *Un árbol crece en Brooklyn*, que pretendía devorar todos los libros de la biblioteca de su barrio.

Los ejemplos destacados de protagonistas femeninas a lo largo del siglo XIX se encuentran tanto en novelas escritas por hombres como por mujeres. No es sencillo determinar los matices y las diferencias de visión desde una perspectiva de género, ya que los temas, las preocupaciones y las posibilidades ofrecidas a las mujeres, tanto por autores como por autoras, resultan similares. Hay, por ejemplo, muchos puntos en común entre la francesa Aurore Dupin, que firmó como George Sand, y su colega y amigo Honoré de Balzac, con quien mantuvo una importante correspondencia con respecto a cuestiones estéticas. Ambos, por lo demás, fueron autores de varias novelas con nombre de mujer, algunas de las cuales se comentan aquí, otras, como *Consuelo*, o *La prima Bette*, quedan para otra ocasión. A lo largo del siglo XIX, la mayoría de las novelistas comparten preocupaciones en torno a la condición de las mujeres y solo en casos excepcionales, de los que también me ocuparé, sorprenden con decisiones que pasan por alto normas y principios morales.

Distintos son los dilemas y las opciones que encuentran las mujeres en el siglo XX, de lo que dan cuenta las narraciones en las que se producen rupturas cuando las protagonistas adquieren conciencia de las trampas sociales, así como de la renuncia que implica el matrimonio, única salida posible para ellas.

## LOS ADELANTOS CIENTÍFICOS

En 1894, en la zarzuela *La verbena de la Paloma*, obra de Ricardo de la Vega y Tomás Breton, un dueto cómico le hace decir a don Sebastián dos versos que se hicieron muy famosos: «Hoy las ciencias adelantan / que es una barbaridad», a lo que don Hilarión responde: «Es una brutalidad» y don Sebastián replica: «Es una barbaridad», y es que se había instalado en la mentalidad popular el convencimiento de que el mundo, la vida y la sociedad habían cambiado radicalmente. En las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, se asiste en las culturas occidentales a profundas transformaciones en los conocimientos científicos y técnicos que no dejarán de reflejarse

en la literatura: la mejora de los transportes con el desarrollo del ferrocarril (muy tratado en sus aspectos laborales, como en *La bestia humana*, de Émile Zola o, más tarde, en *El tren pasa primero*, de Elena Poniatowska), y la marina moderna o el automóvil, además de la luz eléctrica. Las teorías científicas novedosas como el darwinismo y el descubrimiento del inconsciente. Las tensiones raciales ligadas a la cuestión judía, la teoría del cirujano de hierro que, a través de Costa, Rodó y Spengler, dará pie en el mundo hispánico a los fascismos, de tanta repercusión en la literatura en español. El pacifismo, de amplia polémica. Las dos guerras mundiales. El existencialismo. El compromiso. Las vanguardias literarias y el desarrollo del cinematógrafo. No debe olvidarse la ampliación de la minería y la utilización del hierro en la arquitectura o, *last but not least*, el uso del cheque bancario, que se pone en marcha en 1848. ¿Cómo no iban a afectar a la literatura estos cambios que revolucionaron, en poco más de cincuenta años, la vida, las ciencias, las costumbres, la consideración de los aspectos de género, los feminismos o los estudios antropológicos? La publicación de *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, en 1949, iluminará el horizonte de esta nueva problemática desde las mitologías y la tradición literaria, con una perspectiva histórica y psicológica.

Simone de Beauvoir fue una revelación en mis turbulentos años universitarios de incertidumbre, de búsquedas, de consignas políticas que prometían la revolución en la vida y en las costumbres. En el campus entendí el feminismo como independencia económica y mental respecto a quienes pretendían dominarnos. Comprendí que las mujeres no teníamos que esperar a que la revolución nos concediese el derecho a existir. De niña aprendí a mitificar la imagen de la URSS que ofrecían las revistas a color que mi padre llevaba a casa cuando nos visitaba. Gracias a esas imágenes quedé fascinada por Valentina Tereshkova, la primera mujer astronauta, o por la cantidad de médicas e ingenieras que destacaban, según mi padre, gracias a las guarderías del Estado que permitían a las mujeres entregarse a su profesión. Pero ¿por qué esperar a la trajinada revolución? ¿Por qué entenderlo todo solo desde la lucha de clases?

Según los jueces que estudiaban mis primeros escritos, yo era una pequeñoburguesa con una psiquis trastornada, que me centraba en los problemas individuales. Mi deber, según ellos, era escribir sobre las luchas sociales, sobre la explotación de la clase trabajadora. Entonces, mi mayor acto de rebeldía fue dar la espalda a esos discursos e indagar en el interior de la conciencia, buscando una luz que iluminara la página en blanco que me esperaba al anochecer.

El mundo había cambiado en 1894 y, no solo por la Revolución francesa, sino por los adelantos científicos que asombraban a la gente. *La verbena de la Paloma* había puesto efectivamente encima de la mesa el convencimiento popular de que las cosas ya no podían ser como antes.

## LOS DERECHOS DE LAS MUJERES

En su ensayo *La mujer nueva* (1918), Aleksandra Kollontái se preguntará si existía un nuevo tipo de mujer, distinta de la que había concebido la imaginación de los literatos: «Mientras que la literatura continuaba presentándonos mujeres tradicionales; mientras que los literatos se esforzaban en dibujar mujeres del pasado, que la vida hacía desaparecer, la realidad rusa del periodo comprendido entre 1870 y 1880, producía figuras del nuevo tipo de mujer que nacía a la vida, llenas de luminosidad y encanto». Kollontái escribió otros ensayos referidos a la revolución sexual y la liberación de la mujer, incluso su autobiografía se titula *Autobiografía de una mujer sexualmente emancipada*.

Como sabemos, las luchas de las mujeres trazan un largo recorrido desde la Revolución francesa, cuando Olimpia de Gouges (1748) proclamó los *Derechos de la Mujer y de la Ciudadana*, en 1791, sin olvidar a la inglesa Mary Wollstonecraft (1759), madre de Mary Shelley, que había publicado el ensayo *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792). Durante el último cuarto del siglo XIX las manifestaciones de las mujeres se multiplicaron en América. En los Estados Unidos, por ejemplo, se creó el movimiento sufragista liderado por la controvertida Mrs. Woodhull, quien escandalizó con su proclamación

del amor libre. En Francia, Léon Richier publicó *Los derechos de las mujeres*, en 1869, mientras que madame Barbarouse argumentaba, para exigir el voto, que «todo francés» había sido emancipado. Pero en 1885 los tribunales dictaminaron que el término *franceses* no incluía a las *francesas*.

Aunque los avances científicos introdujeron cambios que incidieron en la vida de las personas, la hegemonía masculina se atrincheró en la ciencia para ridiculizar las exigencias de las mujeres. La resistencia de los varones a admitir la igualdad fue tan feroz que fray Benito Jerónimo Feijoo hubiese enrojecido. Recordemos que, en su *Defensa de las mujeres*, este les atribuye las mismas capacidades en todo «género de ciencias y conocimientos sublimes». Por eso las opiniones del escritor español, católico y carlista, Manuel Polo y Peyrolón, publicadas en 1878, resultan rancias y hasta cómicas en su concepto de lo femenino desde las tesis evolucionistas: «Mujer, tití, lobo, puerco espín, mastodonte, perro pachón y asno, venerables y antiquísimos antepasados de Darwin, permitidme que os salude». Para este autor, la mujer carecería de humanidad, y sería equiparable a los animales, mientras que el hombre quedaría fuera de esta categoría, en un plano quizás «espiritual». Tal vez por eso, en el capítulo VIII del primer volumen de *El capital*, Karl Marx denuncia el caso de las modistillas de los talleres elegantes londinenses que llegaban a trabajar treinta horas seguidas, sin interrupción, junto a otras cincuenta y nueve muchachas, en dos cuartos malsanos. Al menos una de ellas murió por exceso de horas de trabajo. En la interesante novela de Louise May Alcott, *Trabajo. Un relato de vivencias* (1873), uno de los oficios por los que pasa Christie es el de costurera.

Fue preciso preguntarse, como hemos visto, si el término 'hombre' abarcaba el concepto de 'humanidad'. Si 'hombre' designa lo masculino, la pregunta es si se invisibilizaba a las mujeres al excluirlas de esta categoría. El impacto de las teorías de Darwin en España se aprecia en publicaciones cargadas de ironía. En *¡Caramba! ¿Si será? ¿Si no será?* (1888), M. Hernández Huerta, junto a una viñeta de un hombre con rabo, se pregunta «¿Quién soy?», lo que demuestra lo difícil que fue aceptar la teórica descendencia del mono. La cuestión más gra-